



JULIO MANUEL DE LA ROSA

Doce cuerdas antiguas

Mr. Cahn.



Doce cuerdas antiguas*

“...y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores –a muy pocos lectores- la adivinación de una realidad atroz o banal.”

Jorge Luis BORGES

UNO

Parece que el señor Andrés fue el primero que se dio cuenta, como si el frío que había llegado a la Gran Ciudad la noche anterior –un frío crudísimo y cortante, en cierta manera inesperado bajo un cielo gris plomizo-, hubiese dotado al jefe encargado de la cuadrilla municipal 124 de jardineros y peones del Excmo. Ayuntamiento, de un olfato especial.

Como todas las mañanas, habían tomado café en la cantina del parque móvil de la Policía Municipal. La repentina llegada del frío había roto la consabida uniformidad de los hombres, que habían incorporado al atuendo invernal –pensado más bien para una ciudad de larga primavera- gruesos chalecos de lana, bufandas y hasta un gorro de montañero. De manera que cuando salieron de la cantina alrededor de las 8:30, bajo la luz débil de la mañana nublada, los hombres, más que jardineros, parecían miembros de un grupo de cazadores en plena excursión, todos menos el señor Andrés, que vestía su chaquetón de reglamento con el escueto añadido de un pañuelo al cuello. Mientras apuraba el café, Andrés Roig había comentado:

-Frío el del invierno último de la guerra. Reventaron las cañerías y a los hombres se les congelaban las piernas y las manos en los andamios. Diez o doce días nevando sin parar. Ni por eso se dejó de trabajar. Así eran entonces las cosas.

Cuando Andrés Roig hablaba, los hombres de la cuadrilla callaban y escuchaban como impulsados por una curiosidad natural y unánime. Con el prestigio de la jubilación detrás de la puerta, viudo y con los dos hijos bien colocados, el señor Andrés, que había trabajado veinte años en los rosales del Parque Güell, desgranaba pausadamente las palabras sin importarle demasiado la aprobación o el desacuerdo del personal.

Cuando la cuadrilla llegó a la altura del llamado “estanque de los lotos”, ya habían caído los primeros copos de nieve, suavemente, de manera que los jardineros, contemplados a cierta distancia, con el carro metálico de las herramientas, adquirieron de pronto como una dimensión pictórica o de escena cinematográfica no exenta de belleza. Mientras Candidín, el muchacho recién incorporado al grupo, confesaba que era la primera vez que veía nevar y un bando de palomas levantaba el vuelo, el señor Andrés se detuvo de pronto, le dijo “chaval, esto no es nevar” e inmediatamente se volvió hacia la izquierda, justo hacia la rotonda de los lotos. Fue un gesto que los demás recordarían al detalle, la vista del señor Andrés, un gesto como de cazador o centinela, sobre todo cuando señaló hacia los bancos de madera, teniendo en cuenta la falta de luz debido a la hora –las 8:37-, la espesura de los árboles y las condiciones climatológicas del día.

–Ahí hay alguien sentado.

Por una vez la voz de Andrés Roig pudo parecer insegura, dada sobre todo la distancia que separaba a la cuadrilla de los bancos de la rotonda. Pero fue una inseguridad que apenas duró unos segundos. Con la cabeza llena de noticias sobre la inseguridad ciudadana, taxistas asaltados en pleno día e incluso y sobre todo el caso reciente de varios compañeros agredidos en el Parque de Collserola, el señor Andrés asumió de inmediato el mando con una serenidad que después sería comentada por todo el grupo. En voz baja pero muy clara, Andrés Roig dijo: “Feliciano y yo iremos por delante; vosotros cuatro por detrás, sin hacer ruido. Os quedáis quietos hasta comprobar el asunto. Nada de violencia. Seguro que es un desgraciado muerto de frío”.

Dada su sensata simplicidad y sobre todo la falta de enemigo, la maniobra resultó un éxito. El señor Andrés y Feliciano avanzaron a buen paso, al descubierto, hacia el banco donde, en efecto, aparecía un hombre sentado, o mejor, derrumbado, con la cabeza caída sobre el hombro, la cabeza desnuda al frío y a los copos de nieve que continuaban cayendo mansamente, todo tan desolado, tan pobre que la cuadrilla en pleno, incluido el Candidín, comprendió que aquel bulto empapado era un hombre o los restos de un hombre, un mendigo muerto de frío en un parque de la Gran Ciudad ajena, cuando ellos iniciaban la jornada de trabajo bajo una fina capa de lluvia, sabiendo que la paga extra de Navidad la habían ingresado en el banco aquella misma mañana.

Entonces el señor Andrés se acercó, puso su mano derecha sobre el

Doce cuerdas antiguas

hombro del bulto empapado y lo zarandeó durante unos instantes sin decir palabra; lo zarandeó sin la menor violencia, incluso con cierta delicadeza, hasta que todos comprendieron que era inútil. Pero el señor Andrés hizo algo más: levantarle la cabeza que permanecía inerte sobre el hombro, mantenerla entre sus manos y durante unos segundos que parecieron interminables, analizar los ojos del desconocido, fijos y muy abiertos. Después, volviéndose hacia la cuadrilla, dijo:

-Está muerto.

Lo dijo, o mejor, lo afirmó con tanta seguridad, tan desapasionadamente que los hombres de la cuadrilla –sobre todo Candidín-, pensaron vagamente que de pronto el señor Andrés parecía tocado por cierta aureola militar, como la de un oficial noble y valiente pero saturado por el dolor de una guerra inútil, que venciendo ese dolor tantas veces puesto a prueba, debía comunicar al resto del escuadrón la muerte de otro compañero.

Después y sin apenas pausa, ocurrieron una serie de cosas propias del gastado ritual de la muerte; se sucedieron inevitables gestiones movidas por la urgencia y las formalidades legales. Andrés Roig encendió un cigarrillo, le dio una honda calada y con el humo todavía entre los labios, mandó a Candidín al cuartelillo de la Policía Municipal. Su manera de hablar continuaba envuelta en un evidente tono militar, por otro lado nada ofensivo ni prepotente, algo que, seguramente olvidado, retornaba al individuo quizás de manera inconsciente pero tan clara que Candidín, recién licenciado del servicio militar, a punto estuvo de adoptar la postura de firme. “Corre al cuartelillo, cuenta los hechos y que manden a una pareja”.

Después ordenó a los tres jardineros restantes que empezaran con el trabajo del día, pero sin perderse por las frondas del parque, ni que se alejaran demasiado, por si la autoridad competente tuviese necesidad de preguntarles algo. Feliciano y él permanecerían al lado del muerto.

Todo fue discurriendo con normalidad pese a los inevitables retrasos de la maquinaria municipal, teniendo además en cuenta que en la Gran Ciudad se acababa de encender la alerta roja, que afectaba a todos los servicios del Ayuntamiento, debido al peligro de una fuerte nevada, lluvias muy intensas y descenso de la temperatura. Los primeros en llegar al estanque de los lotos fueron una pareja motorizada, que inmediatamente acordonaron la zona, de manera que el banco donde aguardaba el bulto cada vez más empapado, quedó claramente delimitado. Tan empapado y desvalido

aparecía el bulto, que uno de los policías lo cubrió escasamente con un sucio trozo de lona que Feliciano había tenido la precaución de coger del carro de las herramientas.

El señor Andrés y su compañero Feliciano Ramos permanecieron junto al cuerpo hasta la llegada de la ambulancia y el médico. Después se produjo la presencia del juez de guardia, que tras escuchar las declaraciones respectivas, autorizó la vuelta al trabajo normal, con la advertencia de que podían ser citados en fechas próximas e incluso aquel mismo día, si ello fuese necesario para el esclarecimiento de los hechos.

Eran ya cerca de las dos cuando la ambulancia arrancó precedida por los motoristas. El señor Andrés y Feliciano Ramos se encaminaron hacia la cantina del parque móvil.



Horas más tarde, cuando se habían encendido las primeras luces de la Gran Ciudad y las calles aparecían bulliciosas, brillaban los escaparates y los anuncios luminosos, cuando por fin estalló la iluminación navideña bajo una delgada pero persistente cortina de lluvia, se averiguó que el hombre, o mejor, el mendigo según unánime denominación de la cuadrilla de jardineros al mando del señor Andrés, el mendigo que había aparecido en un banco del Parque Güell, era un sujeto de unos 60-63 años de edad, de fuerte complexión física, estatura mediana, nariz ligeramente aplastada, orientadoras y profundas cicatrices en ambas cejas, manos grandes. El mendigo no llevaba encima ningún documento acreditativo de su identidad, detalle que no hubiese sorprendido al señor Andrés y sí a Candidín; un mendigo anónimo –como casi todos los que mueren en la calle– al que nadie parecía reconocer hasta el momento. Al ser registrado se le pudo encontrar en el bolsillo interior de la empapada chaqueta, una vieja cartera que contenía una fotografía doblada y borrosa en la que se podía reconocer el rostro señorial y grave de Concha Piquer, la célebre intérprete de la canción española. Analizada bajo la luz, se pudo observar que la imagen de

Doce cuerdas antiguas

la tonadillera en la parte del busto aparecía atravesada de izquierda a derecha, por lo que pudo ser una dedicatoria desaparecida a causa del tiempo, leyéndose sin embargo “Para”, “admirador”, “saludo”, “194”.

Además de la fotografía, se encontró en la cartera un recorte de prensa también muy deteriorado, pero que arrojaba una serie de datos positivos para la identificación del mendigo, suponiendo que alguien –además del señor Andrés, Candidín y Feliciano Ramos- estuviese interesado en tal reconocimiento. En la parte superior del recorte se podía distinguir 1949. La fotografía correspondía a la clásica escena de los preliminares de un combate de boxeo y se leía debajo con mucha dificultad: “...árbitro francés señor Esparraguera, con los púgiles Guido Fe (borrado el resto del apellido), momentos antes del inicio del combate valedero para el campeonato de Europa de los pesos gallos y el español Luis (todo el apellido borrado), celebrado en la Mo...”

Varias semanas después y en un alarde de eficiencia, el señor Andrés localizó la página completa en la Hemeroteca Municipal, una noticia muy destacada que cubría toda la sección de deportes de *La Vanguardia*, además de una gran fotografía en portada, donde el mendigo muerto, entonces reciente campeón de Europa, saludaba sonriente con los brazos abiertos.

Impulsado por una curiosidad que parecía envolver un extraño secreto, siempre acompañado por Candidín, que a lo largo de las interminables investigaciones pasó a la categoría de Cándido Escobar Fernández, el señor Andrés logró reunir un dossier exhaustivo sobre el mendigo. Documentación que nunca mostraría a nadie que se sepa, al menos en su segundo apartado.

De todas maneras resultaba difícil de creer en la blancura repelente de la sala de autopsia, que el boxeador del recorte de prensa, que se encontraba a menos de una hora de ser proclamado campeón de Europa, tuviese alguna relación con el mendigo del Parque Güell. En aquella tarde noche, cercana a la Navidad, fría y propicia para acabar pronto el trabajo y volver al calor del hogar, el boxeo -oscuro, hermoso y mortal deporte-, había dejado de existir en todo el país, mientras arrastraba una existencia decadente en el resto del mundo. Daba la impresión que Demsey, Joe Louis, Ray “Sugar” Robinson y todos los campeones míticos de los años gloriosos, descansaban en la paz del olvido. Por lo tanto, la posible condición de boxeador, ex-campeón de Europa y admirador de Concha Piquer, dato que causaría gran impresión en el señor Andrés, apenas si constituyó una

anécdota insignificante para los médicos del Departamento Anatómico, posibles aficionados al fútbol, al baloncesto o al tenis y ajenos por completo a las antiguas noches del Gran Price, el Olímpia o la Monumental.

Practicada la autopsia se comprobó que la causa de la muerte había sido un derrame cerebral masivo. A ninguno de los médicos se le ocurrió añadir “muerte por desdichas”, habida cuenta de que los mendigos y vagabundos no suelen morir precisamente de felicidad. Transcurridas las horas estipuladas por la ley, el mendigo fue enterrado en el oscuro rincón de los anónimos y desconocidos. A la triste ceremonia celebrada bajo la lluvia, además del señor Andrés y su inseparable Cándido Escobar, asistió un caballero de impecable aspecto, vestido con una sobria elegancia inglesa a juzgar por la gabardina, el paraguas y los zapatos, que se mantenían milagrosamente brillantes bajo el barro. A su lado, pero se diría que a infinita distancia, una mujer madura, vestida como una cabaretera antigua, que se cubría de la lluvia con un impermeable de plástico, sosteniendo a duras penas un pequeño paraguas, maquillada de manera estridente y que lloraba sin el menor disimulo.

A cierta distancia, sin traspasar la puerta de hierro, formando un grupo tan respetuoso como insólito, cuatro o cinco mendigos de sorprendente parecido con el muerto, presenciaron la ceremonia en silencio.

Pero lo más significativo fue que a la salida del oscuro recinto, el señor Andrés Roig se acercó sin titubear al caballero de la gabardina inglesa. Nada se sabe de la breve conversación que ambos mantuvieron bajo el gran paraguas del elegante caballero, que al despedirse muy amable, le tendió al señor Andrés lo que parecía ser una tarjeta de visita. Si embargo, lo más extraño de todo –al menos para Candidín- fue observar cómo la mujer con aspecto de vieja cabaretera abandonó el pequeño cementerio cogida del brazo del señor elegante, que la protegía de la lluvia con gestos de enorme deferencia.

* Capítulo inédito de una novela en preparación.